

La Ciudad de México según Valle-Arizpe

VICENTE FRANCISCO TORRES | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

El presente artículo, siguiendo *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, quiere mostrar cómo era la ciudad de Tenochtitlan y cómo evolucionó desde la conquista española. Construcciones, costumbres e instituciones dieron cuenta de ese cambio. Con los recursos del colonialismo y de su vasta erudición, Artemio de Valle Arizpe es la guía que se sigue para elaborar el presente texto.

Abstract

This article, following the *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, wants to show what the city of Tenochtitlan was like and how it evolved since the Spanish conquest. Constructions, customs and institutions accounted for this change. With the resources of colonialism and his vast erudition, Artemio de Valle Arizpe is the guide that is followed to elaborate this text.

Palabras clave: colonialismo, arcaizante, cronista, evasión literaria, milagroso, vocación, antigüedades, relato, clerical, discriminación, novohispano.

Keywords: colonialism, archaic, chronicler, literary escape, miraculous, vocation, antiquities, narrative, clerical, discrimination, New Spain.

Para citar este artículo: Torres, Vicente Francisco, "La Ciudad de México según Valle-Arizpe", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 57, semestre II, julio-diciembre de 2021, UAM Azcapotzalco, pp. 141-152.

Ramón López Velarde y Artemio de Valle-Arizpe (1988-1961) fueron apolíticos porque sus años mozos vieron el fragor revolucionario, con sus vaivenes arrebatados, que hicieron al primero dar visiones intimistas de la vida y de la patria mientras que al segundo lo llevaron a refugiarse en el estudio de la historia y, particularmente, en los periodos precolombino y colonial, sin olvidar los testimonios de los cronistas. Valle-Arizpe (VA) invocó otros hechos que marcaron su inclinación por los tiempos referidos que lo hacen un escritor colonialista por antonomasia.

Guardo mi título de abogado como México guarda la estatua ecuestre de don Carlos IV, como un adorno. Mi vocación profunda era el estudio de la historia, particularmente la de la Nueva España y comienzos de la República [...] Este amor que tengo por cosas pasadas procede de mi infancia —nos explica. Siendo niño, en la casa paterna gozaba ya con la contemplación de un par de estribos en cruz, finamente cincelados; unas espuelas de largas agujas para herir los ijares de la cabalgadura, que servían al caballero para defenderse de un ataque; despertaron en mí la curiosidad por la Conquista y la Colonia [...] De entre los libros de mi padre preferí aquéllos. Recuerdo aún los grabados imponentes de castillos, de caballeros armados y de vírgenes y santos medievales.¹

¹ Don Artemio de Valle-Arizpe”, entrevista de Polo Puga, *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, números 10-11, junio de 1955, pp. 20-22.

A estos elementos que lo predispusieron desde su infancia debe agregarse otro de la edad adulta: durante su estancia como diplomático en España, frecuentó el Archivo de Indias, que le dio materiales para su obra y acicateó su fascinación por los siglos XVI-XIX. Son elocuentes los títulos de algunos de sus libros: *Del tiempo pasado* (1932), *Virreyes y virreinas de la Nueva España* (1933). *Historias de vivos y muertos. Leyendas, tradiciones y sucedidos de México virreinal* (1936), *Papeles amarillentos* (1954)...

Cuando en 1970 ingresé a la Escuela Nacional Preparatoria número Uno, es decir, al Colegio de San Ildefonso, por sus pasillos deambulaban los profesores Andrés Henestrosa, Eduardo Báez Macías, Luis Noyola Vázquez, José Gaos y Arturo Sotomayor, éste último un dandy moreno, alto y delgado al que nunca faltaba el habano en la mano. Era un gran orador y recientemente había publicado, en la amable colección Biblioteca del Estudiante Universitario, de páginas y portada clarísimas, *Don Artemio* (1967), un volumen que se volvió clásico por la extensión y erudición de su prólogo, pero sobre todo porque se había mimetizado con el anacronismo y abundante adjetivación de VA. Resultó una antología sumamente útil porque entregaba textos que, ayer como hoy, resultan difíciles de conseguir. Es el caso de “Historia de una vocación”, en donde el propio cronista hablaba de su inclinación literaria². Su vocación nació en

² En repetidas ocasiones se ha afirmado que VA era más narrador que historiador o cronista; Arturo Sotomayor puntualizó sobre el tema: “Más todavía:

parte por el rechazo a las matemáticas, pero ante todo por el placer que le procuraba el entrar a las bibliotecas y archivos de sus preceptores –muy señaladamente Luis González Obregón y Genaro García. A esto se unió su vocación de silencio, inherente a toda labor intelectual, en un ambiente lleno de antigüedades que lo acompañaría toda su vida.

Para el estudio de nuestra capital tomaré como guía *La muy noble y leal ciudad de México según los relatos de sus cronistas* (2004), de Editorial Lectorum. Al parecer, este fue el primer título que publicó don Artemio. La edición que de sus *Obras completas* preparó Antonio Acevedo Escobedo, en 1959, para Libreros Mexicanos Unidos lo confirma, aunque la información de Wikipedia entrega datos no verificables. Me atengo a una edición de parecido título pero con muy distinto contenido que desempolvé de mi biblioteca para señalar lo accidentado de la prolija obra del autor:

al hojear (y ojear) *Virreyes y virreinas de la Nueva España, o Crónicas del virreinato*, lo esencialmente histórico queda confinado a datos fidedignos ataviados con tal riqueza recreativa e imaginativa del autor, que no puede decirse que él historió, sino que reanimó personajes y recreó escenarios aunque –algo de periodismo hay en esto– no desdeñó los grandes lineamientos que la realidad ofreció en el tiempo vivido por aquéllos y en el espacio que ocuparon con su actividad. Así, entrega para deleite del lector páginas inolvidables en las que personas y hechos cobran una elocuencia ofrecida con belleza que, raras veces puede servir al historiador común y corriente... Arturo Sotomayor, *Don Artemio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario), 1967, p. X.

Esta fue la primera obra que sacó a la luz Artemio de Valle-Arizpe, pero con nombre distinto; la tituló *La gran ciudad de México-Tenustitlán, perla de la Nueva España, según relatos de antaño y hogaño*. Apareció en junio de 1918 y es el número 2 del tomo VIII de la Colección Cultura. Es un librito en 8°. menor, con 119 páginas. La segunda edición salió el año de 1924 y se rotula *La Muy Noble y Leal ciudad de México, según relatos de antaño y hogaño* (...). En 1939 salió la tercera edición de esta obra y ya se llamó *Historia de la ciudad de México, según los relatos de los cronistas*, es de la Editorial Pedro Robredo y está muy aumentada con nuevos capítulos y mayor número de notas, es en cuarto y consta de 587 páginas. Esta misma casa editora hizo en 1946 la cuarta edición con nuevos aumentos. Con el gentil permiso de don Pedro Robredo, y la autorización de la Testamentaria del autor, ponemos ahora en manos de ustedes la quinta edición de esta magnífica obra.³

He citado estos vericuetos editoriales no por prurito de bibliógrafo y bibliómano sino para señalar que, la edición de Lectorum es, probablemente, la sexta. La sigo porque asienta claramente los pasos que, según el autor, siguió nuestra capital en la configuración de su ser. Esto no descarta que, en la versión de Jus, donde se han incluido muchos materiales nuevos, la obra se enriquezca pero se desdibujen los periodos. También atenderé esta edición de tan singular antología porque nos obliga a replantear la idea

³ Artemio de Valle-Arizpe, *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, México, Editorial Jus, 1977, pp. 5-6.

corriente de las selecciones temáticas. *La muy noble y leal...* no solo entrega documentos esclarecedores, sino la visión que don Artemio tenía de nuestra ciudad en la primera mitad del siglo xx. No estamos ante un amontonamiento de textos, sino ante una elección minuciosa, completada con un cúmulo de notas que remiten a distintas obras y autores. Este libro vale por el material antologado, pero también por la información complementaria que nos da don Artemio y plasma los elementos que el autor considera importantes en la noticia que da sobre nuestra capital.

Desde la introducción del volumen brilla miraculada la prosa de don Artemio y muestra la ciudad tal como la apreciaron los más destacados frailes y hombres de espada y pluma. La visión de don Artemio, qué duda cabe, es la de los peninsulares porque toma distancia de los antiguos mexicanos para ponderar las virtudes de la nueva fe. Su postura es pro peninsular y su pluma es tan castiza como la de un español. Tomó partido por la religión y cerró los ojos ante el exterminio de los naturales que le parecían poco menos que ganado:

Con timidez de animalillos mansos y maltratados, arrimaron sus infinitos sufrimientos a la protección de los misioneros, y estos evangélicos varones se pusieron llenos de amor y de caridad como escudo y amparo entre los indios y la crueldad de los españoles; asistíanlos en sus desdichas con especial cuidado y provi-dencia; entendían y defendían con ardimien-to su justicia, cabiendo todos sin estrechura en sus corazones, blandos de misericordia. Los misioneros por el amor de Dios y por el del pró-

jimo eran dulce y general socorro de las aflicciones ajenas, y llenos de mansedumbre y de pobreza, contrastaban con la exaltación y con el altivo porte de los conquistadores, e iban derramando por estas tierras un olor de Cristo y de su doctrina, suave y bueno, y con sus enseñanzas evangélicas desbastaron con infatigable paciencia la rudeza de los naturales. Limaron esa masa tosca hasta descubrir en ella las perfecciones del alma.⁴

Arturo Sotomayor señala el poco afecto que VA tenía por el mundo indígena y su inclinación por lo peninsular:

Así: Tenochtitlán con acento agudo porque don Artemio, académico de la lengua, no supo, o desdeño acercarse a la de nuestros antepasados indígenas. Actitud explicable mediante el método genealógico: Artemio de Valle-Arizpe no tuvo antepasados indios; por sus venas corrió sangre vizcaína pues quienes colonizaron las extensiones de su Coahuila nativa, fueron vascos arriscados en constante combate con el comanche, el apache, el tepehuán... Así, con tales antecedentes, no es difícil entender que don Artemio no hubiera sido con el náhuatl tan afectuoso como lo fue con el español.⁵

Las páginas introductorias de este libro son de tal densidad y minucia que retardan la entrada a la antología. La vida colonial le parece santa a don Artemio mientras la ex-

⁴ Artemio de Valle-Arizpe, *La muy noble y leal ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, México, Editorial Lectorum, 2003, pp. 12-13. En adelante, para las citas textuales indicaré solo el número de página.

⁵ Sotomayor, p. VIII.

plotación de los indígenas le resulta simplemente “pintoresca”.

La selección empieza con Fray Diego Durán, que consigna la fundación de la ciudad: en una zona pantanosa poblada de espadañas y carrizos, por orden sagrada de Huitzilopochtli, los peregrinos de Aztlán arrojan un corazón y de él nace una piedra en la que crecerá un nopal. Encima se posa un águila, rodeada de plumas coloridas dejadas por las aves que le servían de alimento: “se llama *Tenuchtitlan* porque *tetl* es la piedra y *nochtli* es tunal, y destos dos nombres componen *tenocti*, que significa el tunal y la piedra en que estaba, y añadiéndole esta partícula *tlan*, que significa lugar, dicen *Tenuchtitlan*, que quiere decir del tunal en la piedra (p. 30). El islote donde creció el nopal albergó el primer templo (*teocalli*) a Huitzilopochtli, ubicado a la entrada de la actual calle República de Guatemala. Era la parte más alta de la ciudad y, por eso, sobresalía entre las aguas que rodeaban el islote en donde fue fundada Tenochtitlán el 18 de julio de 1325.

En sus notas de abrumadora erudición, VA dialoga, actualiza y puntualiza lo que dicen los textos antologados; todo con el fin de plasmar una idea de cómo fue el nacimiento de nuestra ciudad. En este dibujo caben minucias como la tomada de un texto de Victoriano Salado Álvarez: la primera palabra americana que entró al diccionario de la lengua española fue *canoá*.

La *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, que Luis Cardoza y Aragón y Miguel Ángel Asturias consideran la primera novela de Hispanoamérica, es calificada por VA como “la crónica más pinto-

resca, con más suelta gracia” de cuantas leyó. El texto que selecciona de Bernal Díaz del Castillo no es el multicitado que se refiere a Tenochtitlan como una ciudad sacada de los libros de Amadís, sino el que narra cómo subió él con algunos compañeros al templo mayor y quedaron horrorizados ante las cuchillas de obsidiana botadas por el piso, las costras de sangre y el olor pestilente de la sangre derramada por los sacrificios humanos. Allí estaban los ídolos hechos de semillas de amaranto amasadas con sangre. Cortés les propuso a los naturales colocar allí una cruz y la imagen de la Virgen, pero Moctezuma y sus sacerdotes respondieron airados diciendo que mejor no les hubieran permitido subir. Fue tal el celo de los peninsulares que no se conformaron con edificar iglesias sobre los antiguos teocallis, sino suprimieron incluso las palabras autóctonas, como teocallis, que apenas designaron como *cúes*.

Sobre las cuatro calzadas que había para entrar o salir de la ciudad, Hernán Cortés dice que de trecho en trecho tenían puentes de madera labrada para comunicar las aguas de la laguna. Ante esta circunstancia, mandó construir bergantines por si en alguna ocasión los quisieran encerrar. Después habla de los tianguis en que se comerciaban empanadas de pescado, pulque, tortillas de huevo, petates, telas, ropas de algodón y artesanías como las pieles de aves de rapiña, con cabeza y garras. Lo sedujo particularmente el arte plumario que, además del colorido, diseñaba figuras móviles. Ni qué decir de la platería, que se repujaba e incrustaba con piedras preciosas. Destaca los negocios de herbolarios, peluqueros y de

comida preparada. Los floristas llegaban desde Xochimilco en sus trajineras. Consignó los tamemes o cargadores que cumplían penosas jornadas antes de que los redimieran los burros que Fray Juan de Zumárraga mandó traer de España.

A la descripción del tianguis del centro de Tenochtitlan V A agrega lo que dijo Bernardo de Balbuena en su *Grandeza mexicana*: al norte de la ciudad había una cárcel y, junto a ella, una aportación de los españoles: un patíbulo. Aquí puede verse cómo el antologador se auxilia de múltiples obras que le permiten, junto con la presentación de cada texto y de su autor, hacer una crónica informada y llena de datos iluminadores.

El historiador Joaquín García Icazbalceta, bisabuelo de Rafael Bernal, autor de la novela *El complot mongol*, halló entre polvorientos y desordenados papeles del Colegio de San Ildefonso una crónica de 55 páginas que conocemos como del Conquistador anónimo. Ella muestra, en su *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México*, los valles, costas, bosques y serranías que rodeaban a la ciudad. A él, compañero de Hernán Cortés, debemos la descripción de los atuendos de los antiguos mexicanos: los caballeros águila, o tigre, llevaban cabezas de madera del animal elegido. Las decoraban con plumas y laminillas de oro y piedras preciosas. Sus escudos, o rodela, estaban hechas de cañas gruesas y telas de algodón cubiertas con láminas de oro que no permitían el paso de las flechas y dificultaban el daño de las espadas. Las *espadas* de madera de los naturales

llevaban incrustadas lajas de obsidiana capaces de abrir el pecho de un caballo. Usaban también hondas y cerbatanas cuyas flechas tenían tres puntas. Lo mismo habló de plazas, mercados, lavaderos, fabricantes de penachos de plumas, monasterios, entierros, antropofagia, poligamia, calzado, minas y fauna. El cacao, después del oro, se usaba como moneda.

Fray Bernardino de Sahagún fue célebre por su apostura. Las mujeres iban al convento solo para verlo y los superiores lo escondían para que no pusiera en riesgo su virtud. Miguel León Portilla se ha referido a él como el pionero de la antropología porque buscaba informantes, aprendía sus lenguas, visitaba las comunidades y recogía testimonios orales y códices. El fragmento suyo seleccionado habla de las instituciones de justicia. Las describe honorables y expeditas. La pena de muerte se procuraba en la horca, o a palos. También existía el destierro y el encarcelamiento, o los cortes de pelo para señalar a los culpables. Los jueces que no cumplían honradamente su oficio eran severamente castigados.

Fray Toribio de Benavente, conocido como Motolinía, dice que las figuras de los dioses —hechas de amaranto amasado con miel y sangre— que estaban en la cumbre de los templos eran muy grandes y huecas; en ellas se metían los sacerdotes para que sus voces parecieran oráculos. Él llegó a contar 200 ídolos. Sobre los sacrificios del templo mayor puntualiza que, después de sacar el corazón a las víctimas, lo ofrendaban al ídolo y se lo metían por la boca al mismo dios. El cráneo lo conservaban para el tzompantli —una vara con calaveras atravesadas— y el

resto del cuerpo, en pedazos, lo arrojaban escaleras abajo para que amigos y familiares se lo comieran o quemaran.

Francisco Javier Clavijero, basado en fuentes librescas, habla del palacio y casas de recreo de Moctezuma, aposentos, jardines, viguerías de cedro y paredes de mármol. Tenía serrallo y un zoológico en donde recluía lo mismo animales que personas nacidas con alguna malformación. Había muchos bosques en las isletas; de ellos solo se conserva el de Chapultepec. En una de sus notas, VA recuerda que Francisco López de Gómara escribió que los cocodrilos eran alimentados con restos de los sacrificios que tenían lugar en los teocalis.

Para cerrar el apartado que destaca elementos indígenas VA elige un fragmento de la *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, quien destaca las bondades del valle de México, su aire tónico y transparente que mantiene claro el pensamiento, lejos del

horno genitor de las selvas, donde el ánimo naufraga entre sudores y mosquitos. La selva es anarquía vital, chorros de verdura, nudos de lianas donde las sombras de los árboles adornan y roban las fuerzas del pensar; largo y voluptuoso torpor (88).

En el centro de México tenemos la voluntad alerta y el pensamiento claro, decía Reyes.

A tono con el tema que sigo, recuerdo que, en 1976, Fomento Cultural Banamex publicó *México Tenochtitlan 1325-1975. Pasado, presente y futuro de una gran ciudad*. El volumen inicia con un trabajo de Miguel León Portilla, uno de los máximos conocedores del México prehispánico. “Mé-

xico-Tenochtitlan: metrópoli indígena” cuenta que, una vez hallada el águila devorando una serpiente, empezaron a crecer cuatro barrios. Éstos se construyeron mediante chinampas, que eran armazones de varas y carrizos rellenos de tierra y lodo. El islote fundacional de Tenochtitlan era propiedad del señor de Azcapotzalco y a él se pagaban impuestos. Las comunicaciones se daban a través de canales y, las célebres calzadas, cuando llegó el ferrocarril, dieron camino hacia el cerro del Tepeyac, Churubusco, Coyoacán e Iztapalapa. En 1502 asume el gobierno Moctezuma Xocoyotzin y Tenochtitlan vivía su mayor esplendor; contaba con 800 000 habitantes. Esta es la ciudad que deslumbrará a los españoles.

Tenochtitlan recibía gobernantes y embajadores de tierras lejanas, además de tributos de oro y joyas, bultos de plumajes finos, jade, cacao, papel de corteza de amate, esclavos y personas elegidas para los sacrificios.

El crecimiento de la ciudad generó problemas de agua, misma que se trajo mediante acueductos desde Chapultepec. Estos suministros, aunados a las épocas de lluvia, ocasionaron grandes inundaciones. La metrópoli prehispánica heredó las inundaciones a la colonial y ésta a la de nuestros días. A esa calamidad siguieron otras: los presagios de la llegada de los españoles, un cometa, la visión en la cabeza de una grulla, la aurora de fuego, el incendio del templo de Huitzilopochtli, las aguas hirvientes del lago, la llorona que gemía por las noches... Todo lo que se relata magistralmente en la *Visión de los vencidos*, que dejaremos

de lado para no interrumpir el hilo que soltara AV en 1939.

El segundo apartado de *La muy noble y leal ciudad de México a través de los relatos de sus cronistas* es la ciudad colonial. En este momento dejó la edición de Selector y pasó a la de Jus porque aquí la obra crece en páginas, contenidos y notas de VA. Ahora encontramos colaboraciones salidas de su pluma. Su prosa se instala a sus anchas y su presencia se hace frecuente entre los cronistas:

Si Bernal Díaz del Castillo es el capitán de los cronistas, Juan Suárez de Peralta es el que le sigue como brillante gonfalonero por la agradable sencillez de sus escritos y por ese su estilo tan jugoso y tan sávido, lleno de movilidad y de encanto. (Jus, p. 124.)

Juan Suárez de Peralta habla de los hombres que vieron humear y hacer erupción el Popocatepetl. Muchos de ellos fueron los primeros en asomarse a su cráter sin considerar los peligros. Fray Toribio de Benavente enlistó las plagas que debieron sufrir los primeros indígenas que se fueron asentando en la ciudad que se reconstruía: la enfermedad, las luchas, el hambre, los recaudadores. A pesar de que los indígenas entregaron el oro que había en sus templos y tumbas, los encomenderos no escatimaron crueldades y los obligaron a vender sus tierras y sus hijos. Y llegó una carga más terrible: los trabajos en las minas. La nueva edificación corrió por cuenta de los aborígenes quienes debían conseguir los materiales y pagar sus alimentos. El resultado, escribió Motolinía, fue

gran cantidad de muertos que quedaban en los caminos propiciando enfermedades.

La selección de VA se ocupará entonces de algunas instituciones y de las primeras construcciones que sustituyeron las antiguas pirámides y casas de adobe que estaban entre isletas y canales. Como los españoles usaron 13 bergantines para rendir Tenochtitlan, quisieron proteger las naves para huir o defenderse en caso de ataque. Fue así que levantaron las Atarazanas, construcción que funcionó como muelle, prisión y fortaleza. Por eso se construyó antes de trazar la ciudad colonial y de repartir los solares a los peninsulares. VA, de paso, habla del palacio de Axayátl, desde donde los conquistadores arrojaron el cadáver de Cuauhtémoc que cayó sobre una gran tortuga de piedra. Las versiones de la ubicación de estos lugares son muy diversas y el lector tiene que conformarse con saber que existieron.

Fray Juan de Torquemada informa la manera en que empezó a crecer la ciudad colonial pero, además, ayuda a hacernos una idea de la manera en que se estableció una ciudad como la nuestra encima de aquella formada por islotes y canales. Cuando la población creció, la ciudad se fue extendiendo hasta llegar a un lugar despejado de agua y cubierto de arena: Tlatelolco. Mientras las casas de los naturales eran de adobe, las de los conquistadores eran “cumplidas en grandísima manera y muy bien edificadas, tenían altos sobre el primer suelo, cumplidos y espaciosos” (Jus, p. 148). Leamos un poco sobre la comunicación en la ciudad y la disposición de las casas, que nos recuerdan las habitaciones

y chinampas que actualmente constituyen Xochimilco:

Las calles de esta ciudad eran de dos maneras: una era toda de agua de tal manera, que por esta no se podía pasar de una parte a otra sino en barquillas o canoas, que a esta calle o acequia de agua, correspondían las espaldas de las casas y unos camellones de tierra en los cuales sembraban su pan y legumbres, los cuales camellones dividían zanjas de agua y muy hondas. Estas calles de agua eran para el solo servicio de las canoas y de las cosas comunes y manuales de casa y así tenían también puertas que se llaman falsas para este ministerio, y podían pasar de una parte a otra por puentes que las dichas acequias tenían. Otra calle había toda de tierra, pero no ancha, antes muy angosta y tanto, que apenas podían ir dos personas juntas. Son finalmente unos callejones muy estrechos. A estas calles o callejones salían las puertas principales de todas las casas y por estas entraban y salían y eran las del recibimiento de las cosas que se servían por tierra. (Jus, p. 148.)

Tan importante como la iglesia y el convento de San Francisco, dice Lucas Alamán, fue el Hospital de Jesús. Hernán Cortés mandó construir un templo en cada una de las entradas de la ciudad de México y, el único que se conserva hasta la actualidad, es el aledaño a este hospital de beneficencia. Esta iglesia fue escenario de varias comedias protagonizadas por los huesos del conquistador. Él pidió ser allí sepultado pero, ante el temor de que sus malquerientes profanaran los restos, fueron trasladados a España. Después los regresaron y volvieron

a ser sacados de esa iglesia hasta que, luego de tantos ires y venires, acabó por perderse su huella y nadie sabe actualmente en dónde se encuentran.

VA vuelve a incluir textos suyos, como el que da noticia del palacio de Axayácatl o Casas viejas de Moctezuma, ubicado en donde hoy está el Montepío, en las calles de Tacuba. De aquí salieron huyendo los españoles la llamada noche triste. La Acordada, sepultura de vivos, fue una terrible cárcel que se levantó para amedrentar a los delincuentes que asolaban los caminos de la ciudad. Estaba entre las actuales calles de Humboldt y Avenida Juárez.

Fray Hernando de Hojea habla del convento de Santo Domingo, Manuel Toussaint de la catedral metropolitana, Joaquín García Icazbalceta de la Universidad, Luis González Obregón de la inquisición, Manuel Rivera Cambas del Colegio de San Juan de Letrán, construido para niños mestizos y criollos, Genaro Estrada escribe sobre el Colegio de San Ildefonso, Manuel Romero de Terreros sobre el Palacio de Minería, Manuel Orozco y Berra sobre la alameda central y Antonio García Cubas en torno de los acueductos y fuentes.

En la segunda parte de su magistral selección VA, más que antologar, glosa y vuelve a la carga con sus notas prolijas y llenas de erudición. Al hablar de las construcciones usa tales términos arquitectónicos que las páginas de Alejo Carpentier parecen escritas para niños.

No podían faltar las páginas de los viajeros. VA incluye textos de Leonel Waffer, Gemelli Carreri y, por supuesto Alejandro de Humboldt, quien vivió en Uruguay 80 y

ponderó las visiones panorámicas de la ciudad, vista desde las torres de catedral y desde el castillo de Chapultepec.

Junto a edificios e instituciones, VA da noticia de otras cosas en las que surge nuevamente su poco aprecio por los indígenas y su cultura. Esto dice sobre el chocolate:

Ha publicado Castillo Ledón una interesante monografía sobre el chocolate, excelsa bebida en torno de cuyas humeantes y olorosas jícaras hacían sus tertulias en los estratos de antaño las damas de guardainfante y de abanico, los clérigos y frailes y los señores de más prosapia de la ciudad. Este magnífico brebaje que salió de la refinada molición de los indios mexicanos, pronto corrió por toda Europa deleitando paladares con su sabor y su exquisita fragancia. (Jus, p. 482)

El volumen se cierra con José María Marroqui, el más prestigiado e incansable caminador —a pesar de su sobrepeso siempre colmado de sudor— de calles, plazas y casas que, en muchas ocasiones, fue inoportuno y fastidioso para los habitantes de la ciudad, a quienes solicitaba escrituras y papeles para consignar fechas, herencias y propiedades. Era tan encimoso e impertinente que los vecinos le echaban los perros. Insistente, colmado de sudores, manoteaba antes que le dieran con la puerta en las narices. Todo para lograr su accidentada obra *La ciudad de México*, tres volúmenes producto de más de 20 años de desvelos.

Al consignar la ficha de José María Marroqui, VA se muestra un tanto esquivo, pero el tiempo se encargaría de soltar una puntilla para el ilustre cronista. Antonio Castro

Leal, en su antología *La novela del México colonial*, lo ignora olímpicamente. Genaro Fernández Mac Gregor, su contemporáneo y contertulio, se encargaría de hacer uno de los reconocimientos colonialistas más cabales:

Tal hizo el noble caballero don Artemio de Valle-Arizpe. Yacía en las muertas luces de una cornucopia colonial, de las de marco de tumbaga y céreas bujías con arandelas de vidrio [...] Entrar a su domicilio es traspasar con él las lindes de la encantada cornucopia para vivir en plena colonia. Todo es hierros forjados, cofres y cajoneras de taracea; sillones fraileros chatonados, arañas con arandelas, velas con guardabrisas, colgaduras de velludillo o de damasco, bargueños, braseros, clavicordios, paramentos sacerdotales que esbozan sus formas arcaicas entre perfumes de incienso y sándalo, de cantueso y espliego, flotando en un ambiente de silencio recogido y casi monacal.⁶

En el libro editado por Fomento Cultural Banamex, después del texto de Miguel León Portilla sobre la ciudad prehispánica, se

⁶ Genaro Fernández Mac Gregor, *Carátulas*, México, Ediciones Botas (Cultura Mexicana), 1935, pp. 131, 134 y 135. Un refrendo más de su filiación colonialista lo entrega José Luis Martínez: “La moda colonialista. Apareció en México hacia 1917. Sus orígenes inmediatos fueron los estudios sobre arquitectura colonial del ateneísta Jesús T. Acevedo (1882-1918) o los más antiguos de Luis González Obregón (1865-1938) y del Marqués de San Francisco (Manuel Romero de Terreros, 1880-1968) sobre temas de aquella época. Pero sean cuales fueren sus precursores [...] pueden explicarse como un movimiento de huida hacia el pasado determinado por la angustia de la Revolución”.

encuentra “Breve visión de la ciudad de México en la época virreinal”, de Elisa Vargas Lugo, que destaca dos aspectos muy importantes. Primero, la singularidad de nuestra ciudad, más allá de la simple copia del modelo peninsular:

Sobre las precipitadas ruinas de la grandiosa población prehispánica se cimentaron, con audacia y señalado genio político, los templos y palacios del nuevo gobierno y las recias casas de sus conquistadores convertidos en colonos. El resultado fue una de las ciudades lacustres más originales del mundo. La ciudad colonial aparece, pues, a la luz de la investigación histórica, con los destellos de un ente novedoso y no como simple remedo de la metrópoli [...] Según el doctor O’Gorman, la forma de la traza fue determinada por el Principio de Separación, puesto en práctica como respuesta básica, dada por los conquistadores a dicho problema de convivencia con los conquistados. En el aspecto material, la traza significó la reserva de una zona urbana para europeos y otra para indígenas. Militarmente, la ciudad española quedaba protegida por los canales que la rodeaban como un foso y ante todo, desde el punto de vista religioso, la separación de los dos núcleos de población favorecía el clima moralizador necesario para el adoctrinamiento⁷.

El otro aspecto que destaca Elisa Vargas Lugo es el de las inundaciones y su efecto en la configuración de nuestra capital:

Cuatro inundaciones padeció México en el siglo XVII. Pero lo que aconteció en 1629 duró cinco años, durante los cuales la ciudad quedó convertida –al decir de un poeta– en *Cadáver de piedra hundido / en cristalino sepulcro*, mientras el tránsito por sus calles tenía que hacerse en canoas. Las grandes afluencias de agua fueron la causa principal de que casi no queden en la ciudad casas con el aspecto típico de esta centuria, pues sus ocupantes se veían obligados a reconstruir constantemente⁸.

Quiero terminar este artículo mencionando a Emmanuel Carballo, un escritor que despertó en mí gran interés por autores que ocuparon varios años de quehacer intelectual, como Ramón Rubín. Artemio de Valle Arizpe fue otro de esos escritores. Entrego unas palabras con que Carballo propició mi interés, tantas veces postergado:

Don Artemio se entretiene –y entretiene a crecido número de lectores– cultivando una prosa ornamentada, simétrica, arcaizante; una prosa visual y táctil; una prosa que, aun recién hecha, tiene el olor y el sabor de cosa añeja; una prosa lenta, de una morosidad que, a veces, resulta mineral; una prosa, a mi juicio, sin futuro y con exiguo presente [...] él como escritor, no tendrá descendencia: es un escritor isla...⁹

⁸ *Ibid.*, pp. 18-19.

⁹ Emmanuel Carballo, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, 1965, p. 158.

⁷ Miguel León Portilla *et al.*, pp. 15-16.

Fuentes de consulta

Carballo, Emmanuel, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo xx*, México: Empresas Editoriales, 1965.

Castro Leal, Antonio, *La novela del México colonial*, dos volúmenes, México: Editorial Aguilar, 1991.

León Portilla, Miguel *et al.*, *México-Tenochtitlan 1325-1975. Pasado, presente y futuro de una gran ciudad*, México: Fomento Cultural Bananex, 1976.

Puga, Polo, "Don Artemio de Valle-Arizpe", en *Revista de la Universidad Nacional Autó-*

noma de México, números 10-11, junio de 1955.

Sotomayor, Arturo, *Don Artemio*, México: Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario), 1967.

Valle-Arizpe, Artemio, *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, México: Editorial Jus, 1977.

———, *Obras completas*, Prólogo de Antonio Acevedo Escobedo, México: Libreros Mexicanos Unidos, 1959.

———, *La muy noble y leal ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, México: Editorial Lectorum, 2003.

———, *Leyendas mexicanas*, Prólogo de José Luis Martínez, México: Editorial Lectorum, 2003.